

PREGÓN EXCONXURAOS PABLO ÁLVAREZ ÁLVAREZ 2009

Alcalde, Corporación, Autoridades, Llanerenses, Amigos todos.

Muchas gracias, particularmente al señor Alcalde y a toda la Corporación Municipal, por invitarme a estar aquí. Es una designación que sé innmerceda, me llena de orgullo y me da la oportunidad de saldar una “deuda histórica” que tengo con mi Concejo.

Me explico. Calculo que ocurrió hace unos 30 años. Jugaba yo al fútbol en las inmediaciones del Ayuntamiento cuando un balón ligeramente desviado se estrelló contra un cristal del edificio y lo rompió. Decidí hacer mutis por el foro.

Cuando al mediodía siguiente llegué a casa, mis padres me preguntaron qué había ocurrido la tarde anterior. En realidad, ya lo sabían tan bien cómo yo. Fue reñido y levemente castigado. Una decisión que me razonaron: no me castigaban por romper un cristal, pues eso podía sucederle a cualquiera, sino por mi obstinado silencio. “Esas cosas se cuentan en casa”, me reconvinieron.

Traigo hoy a colación esta anécdota porque ilustra con exactitud el clima de confianza, libertad y responsabilidad en el que crecí. Un ambiente en el que, sin grandes pedagógicas, se otorgaba una crucial importancia a la honradez. Mi padre ejerció como juez de paz: una elección muy acertada, pues siempre fue un hombre de sentido común y concordia.

Tres décadas más tarde, conservo este código de conducta como el mejor patrimonio que podían legarme mis padres, cuya presencia y aliento percibo hoy más nítidamente que nunca. Desde hace un mes les acompaña en el Cielo mi tía Pilar, vecina de Baúro y anfitriona habitual en estas fiestas, a quien hoy echo especialmente de menos.

Fui nacido en 1968, en Posada. Más en concreto, en casa Pelayo, que limitaba al norte con casa Colás, al sur con Casa Primo Fuente y con casa Eugenio (hoy espléndidamente convertida en Casa Municipal de la Juventud), y al este con casa Quimarán. En 1973, nos trasladamos a un piso situado justamente detrás del Ayuntamiento. En ambos casos pudimos disfrutar de excelentes relaciones de vecindad.

Me enteré muy pronto de que Eva María se había ido “buscando el sol en la playa”, como esta noche nos recordarán, supongo, los muchachos de Fórmula V. Tan pronto como mis hermanas, mayores que yo, convencieron a mis padres para que comprasen un tocadiscos. Ellas alegaban que lo necesitaban para aprender francés.

¡¡¡Francés!!! Bonita excusa. Los discos de francés salieron de sus envoltorios. En cambio, comenzaron a llegar otros discos en distintos idiomas que, en cuanto mis padres salían de casa, transformaban el salón en una auténtica discoteca. Yo, inocente criatura, empecé a tragarme todo un catálogo de canciones muy y poco apropiadas para un infante de mi edad. Sí, lo confieso: yo también escuché a Los Pecos. Y recuerdo perfectamente varios de sus estribillos, como aquel que dice:

*Yo me dormía
y al rato moría
por estar ausente de ti.
Al día siguiente
nacía y luchaba
por sobrevivir.*

Si usted, señor Alcalde, considera que escuchar a Los Pecos es un motivo suficiente para desposeerme del título de Pregonero; o usted, señor párroco, entiende que se trata de un supuesto evidente de excomunión, obren en consecuencia. Aceptaré resignadamente. Admito que, tantas veces, las fronteras entre ser romántico y ser hortera son extremadamente difusas. No consta, en todo caso, que sufra secuelas psicológicas.

Pero no todo era escuchar música. Con cinco años comencé a asistir a la escuela de Posada, donde cursé todos los estudios primarios. Allí fui beneficiario de una nómina de profesores movidos por una notable motivación vocacional. Recuerdo doña Amalia, doña Isidora, doña Manolita, don Oliverto, don José Luis, don Jaime, doña Isabel, don Iván, don Alfonso, doña Elisa... Me he dejado para el final a doña Marina Blázquez, directora durante varios años, una maestra de cuerpo entero y una persona de una bondad admirable, a quien tuve la fortuna de continuar tratando en los años posteriores y hasta su su muerte.

Creo adivinar que el ambiente educativo equidistaba tanto del excesivo autoritarismo de las décadas precedentes como de la estéril anarquía que hoy día reina en buena parte de las aulas. A Posada venían alumnos de Las Regueras: unas tierras que yo concebía tan remotas como hoy pueda parecerme Vladivostok. En clase éramos unos 40, una cifra impensable en el sistema educativo actual, en el que, de seguir así, tal parece que vamos a terminar teniendo tantos profesores como alumnos.

Debo mencionar también al Colegio Los Robles, emplazado en Pruvia, donde estudié Formación Profesional rama Electrónica. Fue una etapa corta, peor muy fructífera, que recuerdo con enorme gratitud.

Guardo de aquella Posada de finales de los 70 y principios de los 80 un catálogo de personajes que probablemente no alcancen el honor de ser incluidos en los magistrales volúmenes Historias vividas, historias contadas, de Abel González. Sin embargo, permanecen en mi memoria como seres entrañables.

Hablo de Josefa la frutera, aquella mujer que en su tienda de comestibles (abierta de sol a sol) derrochaba cariño y generosidad. De aquel policía municipal, Joaquín El Topu, encargado de reprimir nuestros desmanes en el parque y que de vez en cuando nos quitaba el balón. Hablo de Peón, llamado así por proceder de la localidad de Villaviciosa que lleva ese nombre, cuya característica definitoria era que estaba permanentemente bebido. Hablo, en fin, de Don Liborio, un párroco humilde y bueno...

Viví intensamente Posada durante los 15 primeros años de mi vida. Muchas horas pasé en el campo de Las Huelgas: jugando al fútbol, viendo fútbol o ayudando al utillero, el gran Pepe Quimarán. El fútbol ha sido ingrato conmigo: le entregué muchas horas e ilusión y no me devolvió nada. Una temporada representé a Llanera en el equipo infantil. Es posible hacerlo peor, peor hay que proponérselo. Aún me abochorno de mis continuas cantadas en defensa. Pido perdón por aquella lamentable etapa. De donde no hay no se puede sacar.

Menos horas que en Las Huelgas, pero algunas, las pasé en la biblioteca municipal, al mando de Marujina García y sus chicas del "servicio social". Guardo el recuerdo de una biblioteca muy digna y bien organizada. Si algún escritor dejó una huella profunda en mi infancia ésa fue Enid Blyton, sobre todo con su saga de Los cinco y de Los Siete secretos. ¡Cómo yo a aquellos muchachos aventureros que nunca estudiaban, viajaban sin parar, se enfrentaban con gallardía a situaciones apasionantes y comían pastel de jengibre! Lo que más me evocaba las aventuras de Los cinco eran el portón y las torres del castillo de La Quintana. Imaginaba que detrás de aquel infranqueable muro podría encontrarme peligrosas alimañas, delincuentes malévolos y pasadizos secretos que

desembocarían en una gran cueva llena de tesoros de un galeón pirata hundido en el Caribe cuatro siglos atrás... La capilla del Diablo, de Guyame, también perturbaba lo suyo.

En la OJE, con Manolo “Gorina” al frente, teníamos cine los domingos. Y con la OJE formé parte durante un corto período del coro parroquial. ¡Otra afrenta al buen nombre de Llanera! En la OJE gané un campeonato, peor no consigo recordar su fue de fútbolín o de ping-pong. Se trata, en todo caso, de la mayor gesta “deportiva” de mi existencia.

Frecuenté también el Grupo de Montaña El Mazu, liderado por Nico y Cuni Alonso, ambos desaparecidos de forma prematura. Disfruté de la gira anual al Cogolla, todo un acontecimiento. Al igual que las excursiones de la parroquia, que madrugaban con voladores para que el personal fuera desperazándose de forma prematura. Disfruté de la gira anual al Cogolla, todo un acontecimiento. Al igual que las excursiones de la parroquia, que madrugaban con voladores para que el personal fuera desperezándose. Ir a San Vicente de la Barquera desataba un estado emocional similar al que hoy pueda suponer viajar a Punta Cana, aproximadamente. Disfrutar de las playas de Salinas, San Juan de Nieva o Gijón para una familia sin coche, como la nuestra, exigía una peregrinación de casi un día entero. En esas playas busqué a Eva María, pero no tuve modo de encontrarla. Debía de parecerle que hacía poco sol.

En Severies se concentraba, y sigue concentrándose, buena parte de mi familia materna, originaria de Casa Antonín de Pevida. Fuera de Posada, iba con frecuencia a ver al Racing de Cayés y a jugar al empedradísimo campo de Coruño. Lugo era una referencia continua en mi casa porque mi padre trabajó largos años en Pracesa, luego Salamarca. En San Cucao, el objetivo era el campo de arena de los Gafares. Recorriamos en bicicleta el circuito Posada-San Cucao-Bonielles-Santa Cruz-Arlós- y vuelta a Posada. El desmochado Santufirme (sobre todo La Peñona) y el Cogolla eran destinos habituales de nuestras expediciones. Lo más emocionante era cuando, verano sí, verano también, uno de los dos momentos rompía a arder y el fuego parecía dispuesto a regalar sensaciones fuertes.

Disfruté de las fiestas de San Cucao, Lugo y Cayés, y de las dos de Posada: la de Las Huelgas y la del Cruce. De la primera recuerdo la frecuente presencia de una orquesta cántabra que cantaba cada poco aquello de:

*Un verano en Santander,
un verano en Santander
nunca se puede olvidar.
Sobre todo las chavalas
que pasean junto al mar.*

Ni mis amigos de la infancia ni yo estábamos informados de que vivíamos en un concejo que llevaba habitado, al menos, desde el paleolítico, hace unos 35000 años, según precisa nuestro sabio Ramón Rodríguez. Algo nos sonaba la época de esplendor romano de Lucus Asturum. Y no creo que tuviéramos ni la más remota idea de que en 1408 los llanerenses se habían rebelado contra el Obispo de Oviedo a causa de unos impuestos que consideraban abusivos.

Éste es el episodio de que hoy nos congrega aquí, y bien está que así sea. Siempre es buen momento para entonar un canto a la libertad, la cohesión social y la reconciliación. Los llanerenses se mantuvieron firmes y unidos frente a una medida que interpretaban como manifiestamente inicua. Luego, dejaron correr el tiempo y, cuatro años más tarde, supieron resolver mediante el diálogo lo que tiempo atrás no parecía tener solución consensuada.

Hoy también hay motivos para la rebelión. Y abundantes, pero conviene seleccionarlos con rigor y enfrentarlos con acierto.

Pienso, por ejemplo, en la crisis financiera en la que estamos sumidos. No soy un experto en nada, pero me pregunto: ¿No estamos, de algún modo, ante el colapso de un sistema basado en el refalfiu? Maravillosa palabra asturiana, refalfiu, esa planta invasora que toma cuerpo en nuestras vidas y nos lleva a valorar más el tener que el ser.

Refalfiu significa también ambición desmedida que induce a vivir muy por encima de las posibilidades (y de las necesidades) reales y en permanente estado de insatisfacción porque siempre hay algún vecino que tiene más que uno. Propongo, aquí y ahora, una rebelión de los llanerenses contra el refalfiu.

Otro motivo de rebelión que velo claro: la incomunicación. Vivimos en la sociedad de la información, pero mucha gente no tiene quién la escuche, y mucho menos quién la comprenda. A este respecto, entiendo que uno de los mayores progresos de la Llanera de los últimos años es la senda que Lugo, Posada y San Cucao. Maravilloso camino, idóneo para la charla con la persona amiga, para enamorarse, para la conversación conyugal o para la confidencia entre padres e hijos. Propongo un uso de la senda de Llanera que, además de cardiosaludable, sea psicoludable. Y una sublevación en toda regla contra el aislamiento y la incomunicación.

Un tercer motivo de insurrección en el que hoy quisiera poner el acento son las prisas. Los tiempos modernos transcurren a gran velocidad y nos roban momentos para la contemplación, la lectura, la conversación y la ternura. Pienso que la Llanera de hoy continúa ofreciendo un entorno privilegiado para disfrutar de la vida con calma y sosiego. No a base de carreras hacia ninguna parte. Propongo desde aquí una estrategia en la que la pérdida de tiempo (pérdida entre comillas) proporcione una ganancia de vida.

Quería ser futbolista y terminé siendo periodista. Estudié la carrera en la Universidad de Navarra, donde me enseñaron muchas cosas, pero no a componer pregones. Ser periodista me ha permitido conversar con algunos Premios Nobel; conocer en el sur de África el epicentro de la malaria (una enfermedad que aún hoy mata un niño cada 30 segundos) y conocer también a quienes luchan contra ella, o ver con mis propios ojos en Alemania el primer embrión de ordenador cuántico construido en el mundo.

Pero el periodismo me ha permitido, ante todo, trabajar con unos magníficos compañeros en la redacción de La Nueva España. Y sacar a la luz un puñado de historias humanas que me han conmovido y que merecían ser conocidas por un público amplio.

Mi trabajo periodístico me llevó, casi sin quererlo, a publicar un libro sobre el cáncer, la enfermedad que más pánico produce a los habitantes de este planeta. Un libro optimista, protagonizado principalmente por supervivientes del cáncer. Entre ellos, José María García, aquel periodista radiofónico cuyas diatribas nocturnas me regalaron bastante sueño e inspiraron en parte de mi decisión de dedicarme al periodismo. Pero en este libro del que os hablo ser famoso es sólo una anécdota. Lo prioritario era servir de altavoz a personas que, como todas las que han sufrido, tiene mucho que enseñar sobre esas cosas que sabemos “importantes”, y que, llegada la ocasión, borran de un plumazo cualquier atisbo de refalfiu.

El progreso experimentado por nuestro Concejo en las últimas décadas es incuestionable. Llanera no es ni la Arcadia de Ulises ni la Tierra de Nunca Jamás de Michael Jackson. No es un mito ni una quimera. Llanera tiene una identidad muy acusada. Es un microcosmos de 107 kilómetros cuadrados que sintetiza como pocos lugares las ventajas del desarrollo socioeconómico y de la calidad de vida.

Llanera es varias “llaneras”. Permite vivir en el campo, y al tiempo, estar a tiro de piedra de casi

cualquier servicio inimaginable.

La grandeza de un pueblo no viene determinada por el número de habitantes. Los pueblos egregios, como las personas egregias, son aquéllos que no ponen su techo en la altura de la niebla, y menos en la niebla baja, sino en el cielo azul, e incluso más arriba. Las frecuentes brumas han dejado a Llanera sin el gran aeropuerto regional que pudo albergar, pero no han desalentado a los llanerenses en la búsqueda de la excelencia.

Una persona es la suma de lo que ha sido y de lo que aspira a ser. Siempre he estado orgulloso de ser llanerense (o llanerano), pero desde hoy mi corazón se queda -como anoche cantaba Carlos Baute- “colgando en tus manos” de esta tierra. Desde hoy aspiro a aumentar mi compromiso con Llanera: con su geografía, su arte y su historia; con sus instituciones y sus once parroquias... Pero, sobre todo, con sus gentes. Una tierra es poca cosa sin las personas que la habitan. Y Llanera poca cosa sería sin los llanerenses del Paleolítico, de la época romana, de la Edad Media y de hoy. Desde ahora me siento comprometido, sobre todo, con todos mis paisanos de corazón grande, que los hay, y muchos...

Voy terminando, que si no don José Julio me riñe por retrasar la misa.

Enhorabuena a todos por esta maravillosa fiesta. Tiene algo de milagroso: aún no ha cumplido diez años y ya es una gigante. Y, desde ahora, felizmente llambiona. Muy bien Facebook, Twitter o Tuenti, pero ¡esta cita de los Exconxuraos sí que es una auténtica red social! Enhorabuena a sus promotores y enhorabuena los llanerenses y forasteros que, con su presencia, la hacen grande y han conseguido situarla en el elenco de grandes festejos a nivel nacional.

Os doy las gracias por admitirme en una nómina de pregoneros que, hasta hoy, exhibía un nivel de excelencia abrumador. En adelante, estaré más tranquilo, porque presumo que queda saldada mi deuda moral del cristal del Ayuntamiento (la económica creo que ya estaba pagada), y que se me perdonan mi torpeza futbolera y mi incapacidad para el canto.

Ah, se me olvidaba, señor Alcalde: si es posible, el próximo año tráiganos a Los Pecos. A lo mejor viene a verlos hasta Eva María... si hace sol, claro.

¡Un saludo cordial a todos!
¡Vivan los Exconxuraos!
¡Viva Llanera!